

Verónica D'Auria*

La penúltima cena

Iba a venir por la tarde a tomar un cafecito, y yo estaba otra vez sola en la casa de las viejas. Pero no se iba a repetir la misma historia. Aunque éramos uno contra uno, yo ya sabía esquivarlo, o me encerraba en el cuarto y trancaba la puerta con la mesa de luz.

Lo peor ya había pasado una tarde de verano, cuando me metió los dedos debajo de una blusa roja que yo quería mucho, y que nunca he vuelto a usar desde entonces. Después fueron solamente caricias con la palma abierta. O cuando fingía alcanzarme algo en la cocina, aprovechando la ocasión para rozarme al pasar.

Lo que sí recuerdo bien es que a partir de esos episodios cambié totalmente mi manera de vestir. Usaba buzos y remeras cinco o seis talles más grandes, como una reclusa o una agente de tránsito. Nunca fui muy romántica, pero me empezaron a dar asco en las películas los actores besuqueándose. Prefería los informativos y los documentales, en donde una cámara podía detenerse durante diez minutos, mostrando simplemente el movimiento de una maquinaria diminuta, o un campo verde de pastos largos y ondulantes.

Yo había venido de Salto, y sabía muy bien que vivía en esa casa de prestado, que mi parentesco no era tan cercano. De día limpiaba y cocinaba un poco -no era muy buena y echaba demasiada sal y demasiado aceite en todo- y las viejas, que cuidaban con rigor su alimentación, me hablaban incesantemente del colesterol, y ponían debajo de sus lenguas las mismas pastillitas verdes para la presión arterial, despreciando siempre y con encono mi comida. De noche iba al nocturno, donde sudaba en verano por la reverberación del techo de zinc mal construido, y en invierno temblaba mientras tomaba apuntes callada, para poder repetirlos el día del escrito.

Nunca pensé en comentarles nada a las viejas, porque de todas formas no me habrían creído. Además, a pesar del infinito aburrimiento, yo quería seguir estudiando para convertirme en secretaria, a ver si, al tener un sueldo fijo, lograba vivir algún día en otro lado, aunque fuera en una de las pensiones de la Ciudad Vieja.

Lo único que conseguía alejarme un poco de mi rutina era la fotografía. Había concurrido a un curso gratuito en el Ateneo, y con la poca plata que me

enviaban, compraba rollos para la Zenith que heredé de mi padre, y salía por el centro a tomar por sorpresa, como un verdugo, las imágenes que ofrecía la calle. Tengo el cutis tan blanco, y el pelo tan claro y tan largo, que la gente no se molestaba si quería fotografiarlos; simplemente creían que era alguna otra turista extranjera. Perseguía a mis presas durante horas, intentando sacar una rodilla llagada, las piernas deformes de una muchacha con elephantiasis, un escolar sorbiéndose los mocos frente a un quiosco. No tenía piedad, pero tampoco odio u amor por las criaturas que fotografiaba; simplemente podía esperarlas durante horas, hasta que mostraran su aspecto más extraño y repugnante. Pasaba días buscando charcos cubiertos de películas de moho, moscas devorando alguna fruta en la feria, bosta aplastada por el casco de un caballo.

Y también pensaba, de vez en cuando, en envenenarlos, aunque no sabía bien cómo.

Las cucarachas habían corrido siempre libremente por la casa. Cada dos o tres meses venía un hombre a fumigarlas con una manguera que tenía un gran pico de metal. Ese día descansaba, porque las viejas compraban la comida hecha, aunque después hubiera que guardar cosa por cosa en los armarios de la cocina y los aparadores enormes de roble de la sala.

Pero estos tratamientos no daban resultado, por lo que decidieron un día - por suerte ellas mismas hacían sus mandados- comprar un polvo para exterminarlas, que venía en un recipiente de plástico, con una tapita removible de color azul.

Comencé a leer los envases de Blatex, y a interiorizarme acerca de la vida de estas cucarachas. La especie que vivía en las cocinas era la *blatta orientalis*, que era oscura, y no dorada. Se alimentaba de trozos de ropa hecha jirones, de plantas, y de animales muertos. De noche - cuando eran más conspicuas- salía a buscar agua, alimento y pareja, como tantos otros seres que yo conocía.

Decidí envenenarlos una tarde de invierno. Esa noche habría una cena, y también vendría el hermano para visitarlas. Como siempre intentaban convencer a todo el mundo de que comiera sano, iba a hacer un soufflé de berenjenas, que me quedaría seguramente muy espeso y muy amargo, y que ellos comerían, convencidos de que vivirían cien años. Preparé un postre dulcísimo para disminuir el amargor: un bizcochuelo muy alto de merengue, almíbar y caramelo, que era de las pocas cosas que comían ávidamente y con un placer inexplicable.

Llegaron las ocho, y la mesa estaba puesta con la loza más fina y las copas talladas, que habitualmente nunca salían de las vitrinas, pero

que en esa hora realzaban los cristales de la araña. El veneno -había puesto un frasco entero- haría efecto a las dos o tres horas de ingerido, así que sólo había que tener paciencia y esperar un poco.

Los platos azules de loza estaban todos en su lugar, como los comensales. Empecé a servirlos de derecha a izquierda: primero al hermano en la cabecera, luego a la más vieja de las viejas, y por último a la hermana más joven. Yo comía aparte, y sabían que no me gustaban demasiado las verduras cocidas.

La más joven probó el primer bocado.

“Esto tiene mucha sal”, dijo, y a continuación empezó a insultarme, que las quería matar, que hacía que les subiera la presión, que era un salitre inmundo, que en vez de ir al liceo debería pagarme con mi propia plata un curso de cocina.

Les hice un té con leche, y les traje la torta rebosante de merengue y caramelo. Me dirigí a mi cuarto, y mientras subía las escaleras vi las caras lamiendo la torta, las bocas embadurnadas de merengue, que chasqueaban las lenguas con deleite, y comencé a sacarles fotos. Desde allí mismo. Fui cambiando las lentes, y comencé a sacar a las narices, a los dientes rompiendo las láminas de azúcar, a los ojos siguiendo el movimiento continuo de los tenedores. A los labios llenos de saliva, a las bocas entreabiertas eructando, a las barrigas apenas hinchadas y a las cucarachas que trepaban por los vasos.

LSD

Verónica D’Auria (Montevideo, 1963). Licenciada en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y profesora de lengua y literatura inglesas. Ha publicado **(E)lecciones** (poemas concretos, 1992), **Conversaciones oblicuas entre la cultura y el poder** (entrevistas, en colaboración con la poeta Silvia Guerra, 2001), **La última barrera** (cuentos y relatos, 2004) y **Telón de fondo** (cuentos, 2005).

relaciones

Revista de pensamiento

El primer Martes
de cada mes en
su kiosko

32 páginas de
sólida lectura



todo.com.uy - La Guía del Uruguay

Web: <http://todo.com.uy>

Email: info@todo.com.uy

Servicios de internet:

registro de dominios, diseño y

alojamiento de sitios web y

soluciones de comercio electrónico